

CARTA AL GRECO

IOS entendidos a quienes incumbía en último término autorizar la salida de "El entierro del Conde de Orgaz", para ser exhibido en la Feria Mundial de Nueva York, han dado por fin su informe, contrario al desplazamiento de esa obra maestra. La calidad de la tela sobre la que el Greco pintara, el óleo que utilizó mezclado con miel y las dimensiones del cuadro hacen muy aventurada y problemática la conservación de la pintura, que la diferencia climatológica vendría a dañar de todos modos, aunque no existieran los demás inconvenientes. La noticia ha causado gran desilusión, no sólo entre la masa de gente que pensaba poder admirar en la Feria la colosal obra del Greco, sino también entre los que, españoles en España, estábamos ilusionados en poder ofrecer en un centro neurálgico de la opinión mundial una muestra soberbia del arte, una embajada histórica de primer orden, un generoso envío de acercamiento y buena voluntad. Pero en todos está presente el hecho de que lo primero es preservar a la obra genial de cualquier peligro, ya que su desaparición significaría una pérdida irremplazable para el acervo de la cultura y del arte universales.

De todas formas irán a Nueva York otras obras de arte, algunas del mismo autor del cuadro debatido, como por ejemplo "El caballero de la mano en el pecho". Esos envíos de consolación no acabarán seguramente de satisfacer la ambición de aquellos partidarios de que el arte sea espectacular y que, en la época y en la tierra del "cinemascope", esperaban una sustitución de gran formato, como "Las Meninas" o "La rendición de Breda". Ya dimos cierto día nuestra modesta opinión sobre este hecho; y dijimos que en pequeños cuadros puede ser sintetizada y compendiada la maravilla de la creación artística, como en el "Tránsito de la Virgen", de Mantegna, que Eugenio d'Ors prefería a todos los que cuelgan con él de las paredes del Museo del Prado. Pero al común de las gentes es difícil ilustrarles así y quieren, tanto o más que la calidad y la emoción artística, sopesar la magnitud del esfuerzo creador.

El debate en torno a la posibilidad de hacer cruzar el Atlántico a la famosa obra del Greco nos ha hecho pensar a nosotros precisamente en las vicisitudes y sorpresas de ese esfuerzo creador a lo largo de su posteridad, después de tres siglos de historia. Los millones de espectadores que caminan, en las grandes concentraciones feriales, fatigados de recorrer con la mirada nuevos inventos y máquinas sorprendentes, de todo tipo, quedan pasmados ante el insólito y grave espectáculo de una obra de arte clásica y atómicos un momento ante su esplendor. Pero el instante y la ocasión son demasiado veloces para llegar a comprender los ímpetus iniciales de su creador ni la larga negociación de la obra misma a través del tiempo; hasta llegar a su perduración y a su exaltación en el día de hoy. Todos esos factores están acentuados y subrayados precisamente en la obra de Domenico Theotocopuli; el cual, debatido en su tiempo, desdeñado y olvidado después, rehabilitado muy recientemente, no hubiera podido en vida figurarse nunca que pudiera llegar a ser deseado por millones de seres y a ser, en cierto modo, reclamado por ellos para un "vernisage" extemporáneo en la metrópoli por excelencia del mundo occidental.

El Greco pintaba enardecidamente, en locas jornadas de labor, sin salir a Toledo más que para pasearla un momento por la noche o para mirar su silueta en las estrellas. Durante treinta y siete años vivió y pintó acompañado de su mujer, Jerónima de las Cuevas y gastando cuanto ganaba, sin medida. Fue tratado por sus propios amigos de arrogante, de desdeñoso, de original, de irascible; si le preguntaban cuántos ducados pedía por uno de sus cuadros se enfurecía: "No son para vender. Obras de arte como las mías superan cualquier bolsa". Y decía así a sus compradores: "Mis obras las dejo solamente en prenda y, cuando yo quiera, os devolveré vuestros ducados y me traeré mi tela otra vez".

Poco podía imaginar el pintor que Santiago Rusiñol compraría, a fina-

les del siglo XIX, un par de sus cuadros en París por unos pocos centenares de francos. Estos dos cuadros están hoy en el museo Maricel de Sitges, a pocos kilómetros de otro Greco que está en Villanueva y Geltrú, en el Museo Víctor Balaguer. Tal vez la suerte de este Greco es todavía más significativa del olvido en que se dejó al pintor cretense durante muchos años. Cuando don Víctor Balaguer fue ministro de Instrucción Pública autorizó a su ciudad natal —su Villanueva y Geltrú— a tener un museo y la dotó de unas cuantas telas que estaban en los desvanes del Museo del Prado sin catalogar, para que el Museo de Villanueva las tuviera en depósito. Una de ellas es un Greco. De modo que en el mismo Museo del Prado existían entonces los cuadros del Greco en total olvido, preteridos y postergados, como si fueran la pintura de un demente, de un anómalo. Uno de los reproches que había hecho al cretense el inquisidor de Toledo era que su pintura no incitaba a orar sino a admirar. Y el rey Felipe se estremeció al contemplar el San Mauricio y le invitó a moderarlo. No eran sino anticipos de la extrañeza con que el realismo histórico del siglo XIX juzgaría al pintor de los ángeles y de los iluminados.

En su "Carta al Greco", Niko Kazantzakis, cretense como él, indómito por tanto como él, le dice: "Si todavía estuvieras revestido de tu carne, abuelo, te traería un poco de queso fresco, miel y naranjas, obsequios de Creta; y al buen tañedor de viola, Caridemos, con un ramita de albahaca en la oreja, para cantarte el distico que tanto amabas: "Vamos, elige tu camino y, suceda lo que suceda, triunfe o fracase tu obra, ¡no importa!"

un destino incierto La segunda exaltación del Greco se ha producido ahora, se está produciendo en la actualidad. La imposibilidad del traslado a Nueva York de "El entierro del Conde de Orgaz" ha sido el indicio del tremendo hechizo que produce la obra del cretense. Al abrigo o en la coincidencia del frustrado viaje del lienzo otra noticia vino a sorprender a los lectores de la prensa, relativa al descubrimiento en España de una "Magdalena" del Greco, esta vez en manos de un particular.

Periódicamente nos sorprenden descubrimientos de telas ignoradas, que luego, a lo mejor, resultan ser efectivamente del autor a quien en principio se atribuyeron. Pero en esta ocasión no había lugar a dudas, puesto que esta "Magdalena" figuraba ya como catalogada, aunque se ignorara el nombre de su poseedor y de su paradero actual. Su dueño es un industrial de renombre que ha sabido derivar su inclinación o su "hobby" hacia uno de los más bellos y más seductores temas en que se puede solazar el espíritu: el coleccionismo de obras de arte.

Nosotros nos alegramos de saber que todavía queda en alguien el refinamiento y la elegancia capaces de fijarse y de obtener para sí un escogido contorno de obras pictóricas. Este es el caso del industrial propietario de la "Magdalena" del Greco, que por un legítimo deseo de discreción y de intimismo no quiso dar publicidad alguna a un hecho como este, privativo y particularísimo.

Pero una vez alicada la noticia leemos que el propietario del Greco tiene actualmente intenciones que a nosotros nos causan un leve temblor, una cierta inquietud. El propietario del cuadro se dedica a fabricar champaña y por cierto una champaña de muy fina calidad. Según ha dicho a un periodista, pretende que la "Magdalena" del Greco la disfruten sus amigos, sus clientes, los compradores del champaña que fabrica, mediante —pura y sencillamente— el sorteo entre ellos de la extraordinaria obra de arte.

El propietario del cuadro tiene ya una marca industrial muy prestigiosa, y no necesita para nada mezclar al Greco en la sobremesa. Creemos, con todos los respetos, que la idea, loable en su intención, no es afortunada ni aconsejable. Si no es posible trasladar a Nueva York el "Entierro del Conde de Orgaz", para no correr el riesgo de su aniquilación, ¿cómo vamos a dejar una "Magdalena" del Greco en manos simplemente del azar, aunque éste vaya estampillado en la etiqueta de cierta noble marca de espumoso? Valiéndose de la teórica condición que el iracundo y altísimo Domenico Theotocopuli imponía a los compradores de sus cuadros, podemos afirmar que el Greco reclama hoy sus obras, que estaban hasta ahora en prenda, porque quiere sustraerlas en adelante a cualquier peligro, incluso a los más espumosos y etéreos.